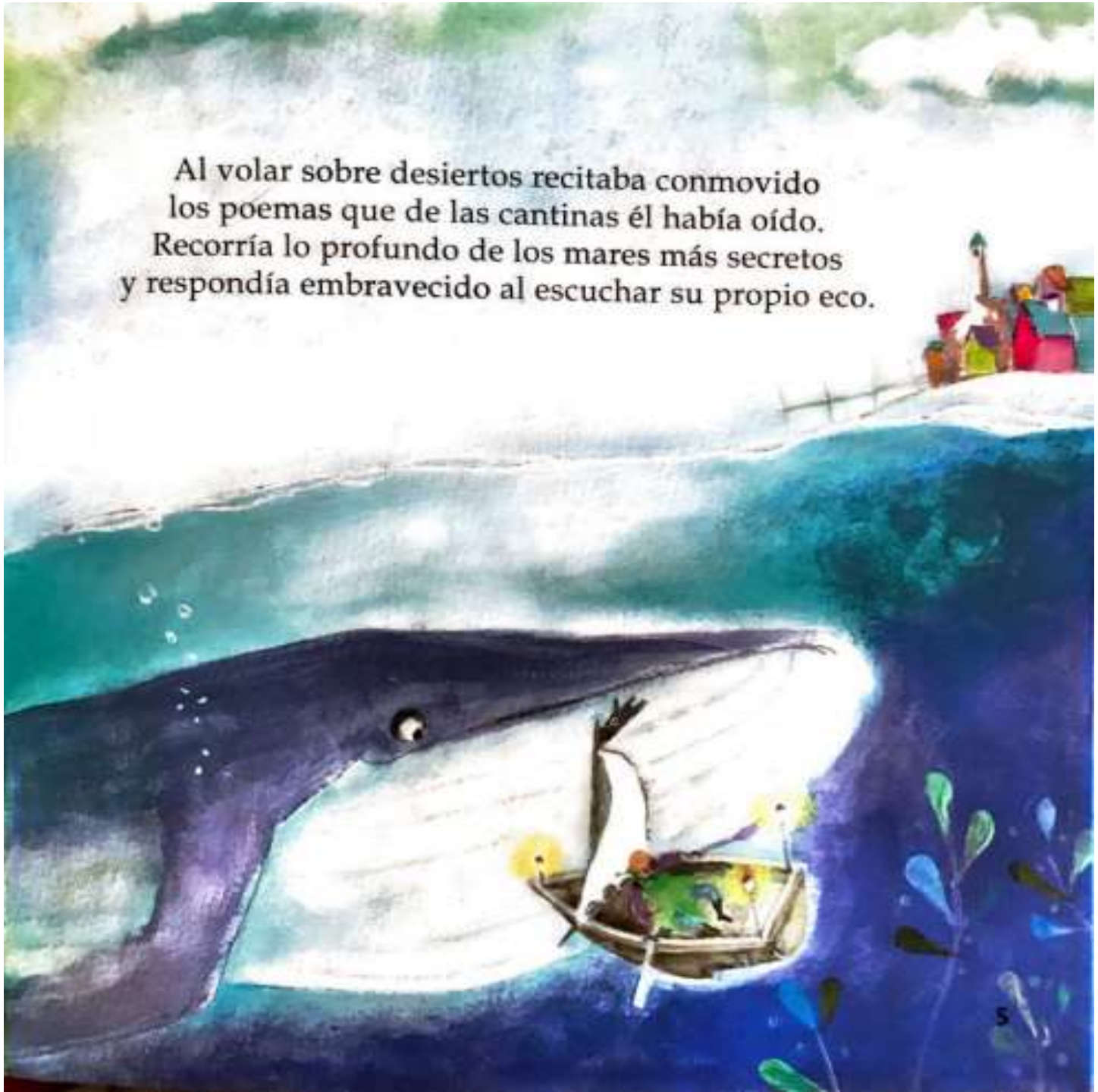
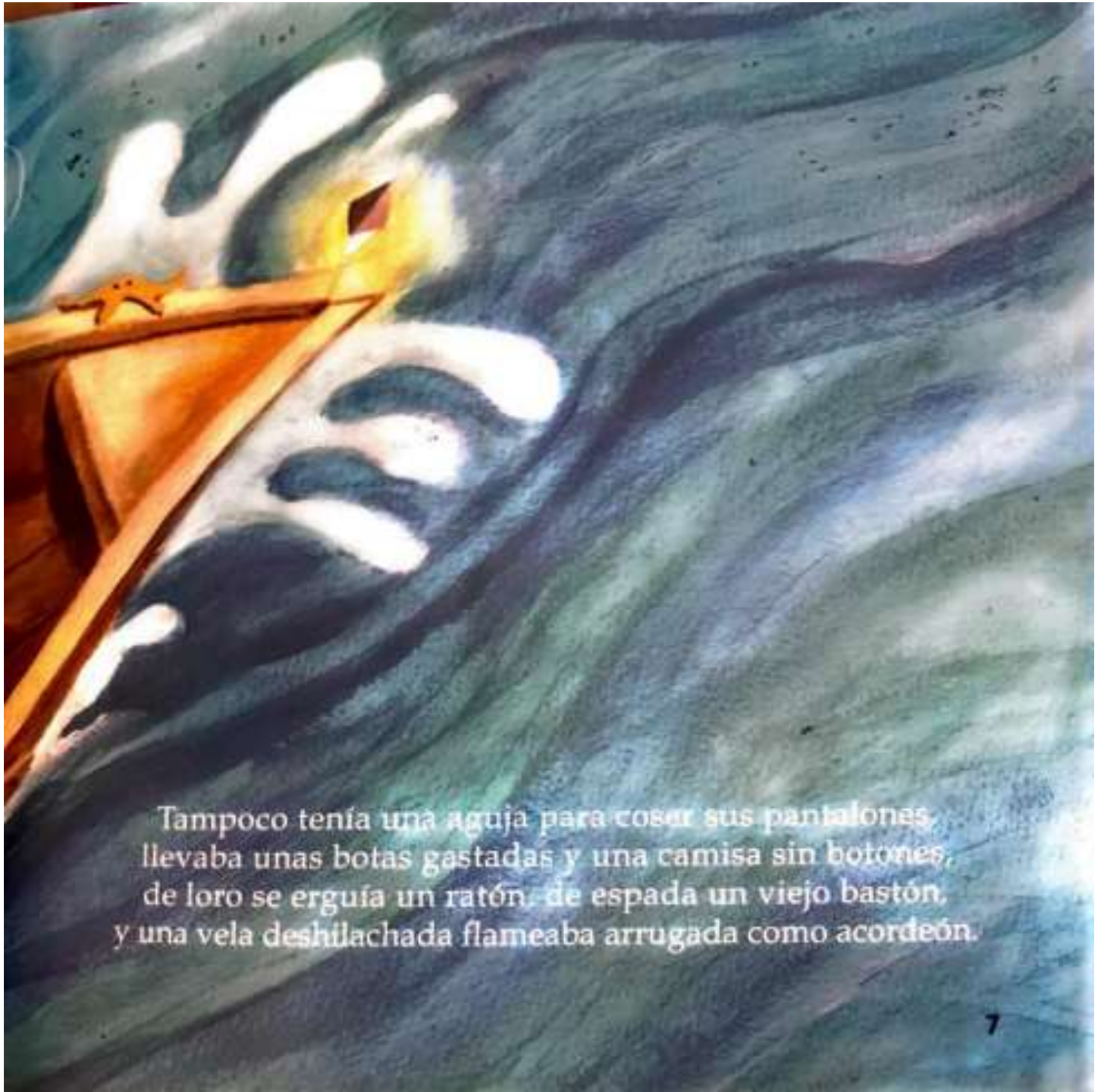
El pirata Barbasverdes
Rosario Elizalde | Ilustraciones de Fabiola Solano
ZIG-ZAG LECTORCITOS

El pirata Barbasverdes era un viejo aventurero
en su bote estrafalario navegaba por los cielos,
a las nubes desafiaba con sus dientes amarillos
saludaba a las montañas con su gorro desteñido.


Al volar sobre desiertos recitaba conmovido
los poemas que de las cantinas él había oído.
Recorría lo profundo de los mares más secretos
y respondía embravecido al escuchar su propio eco.

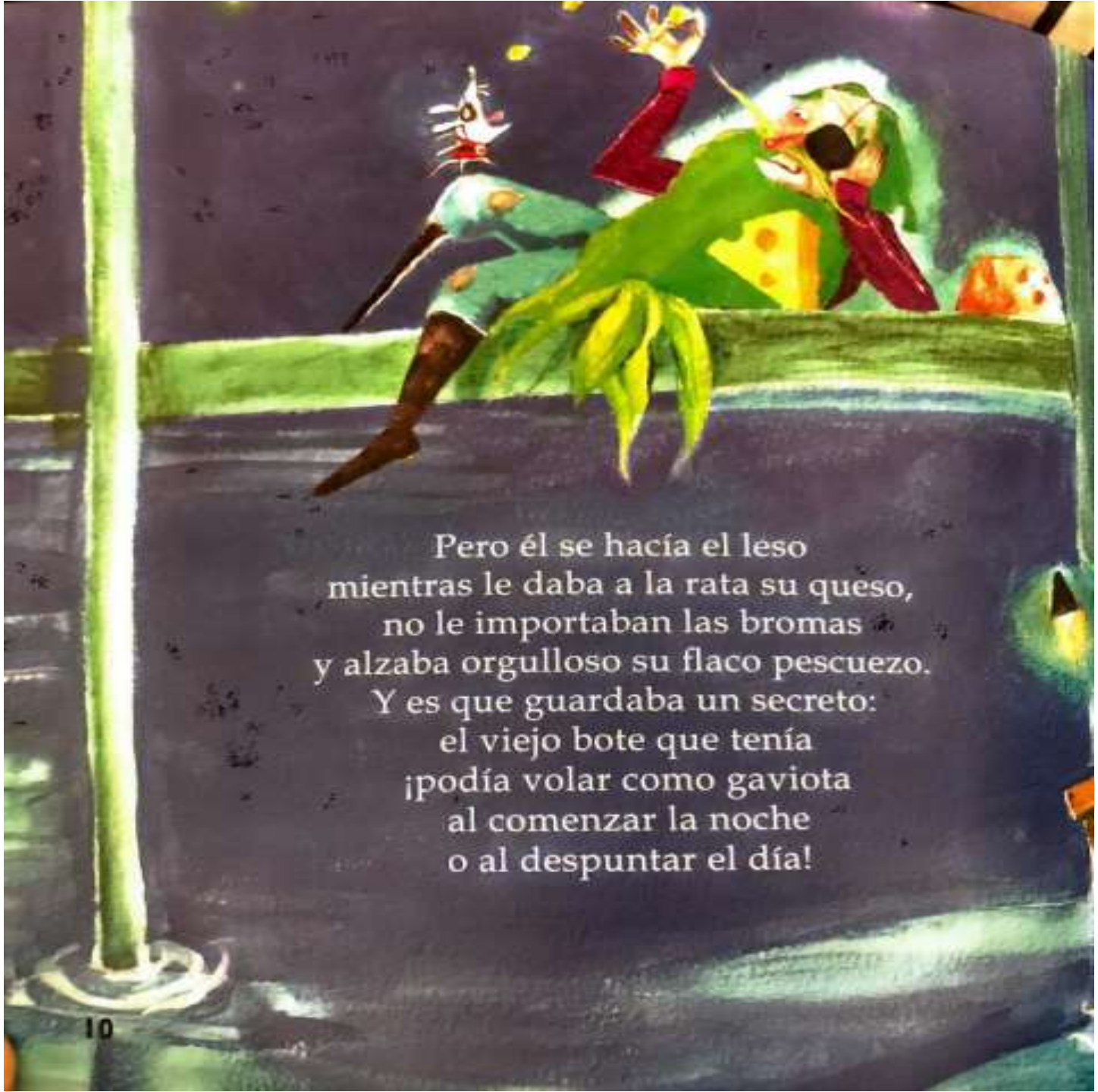
Este viejo medio tuerto era un pirata tan añejo
que crecían de sus barbas cochayuyos y cangrejos.
Este viejo medio cojo era un tanto pobretón
no tenía grandes lujos ni una gran tripulación.



Tampoco tenía una aguja para coser sus pantalones,
llevaba unas botas gastadas y una camisa sin botones,
de loro se erguía un ratón, de espada un viejo bastón,
y una vela deshilachada flameaba arrugada como acordeón.

–Es un loco patuleco –decía amarga la gente–.
Es un viejo solitario, mal vestido e indecente.
Vive en un muelle podrido, protegido del viento y las olas,
canta y se rasca el ombligo, parece un mendigo,
no anda a la moda.

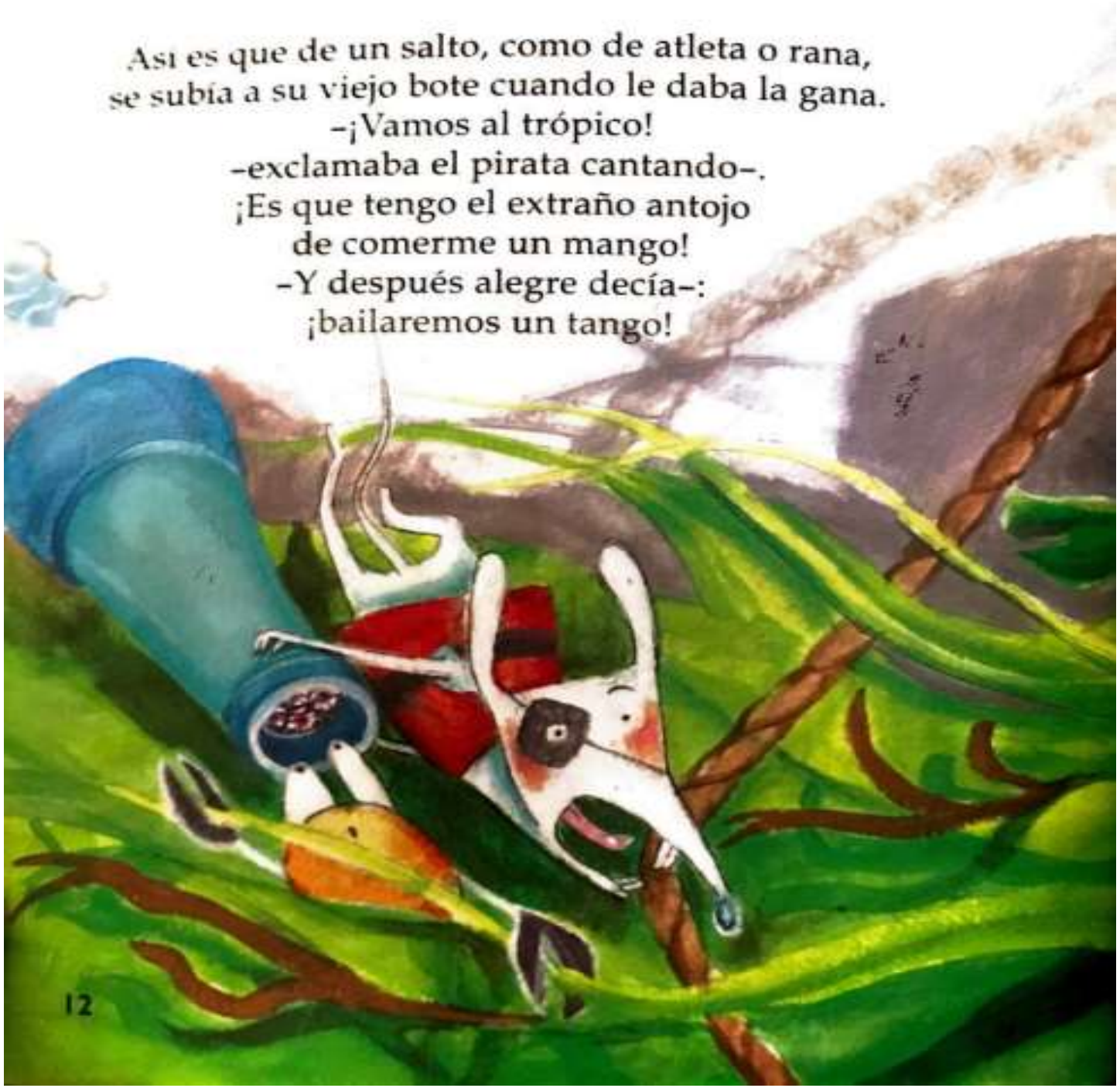
Y el pobre Barbasverdes entre espanto, burla y risa
era más famoso que la antigua Mona Lisa.
En otoño, en primavera, hubiera brisa, hubiera sol,
era el payaso del pueblo, la cosa más rara, la gran atracción.

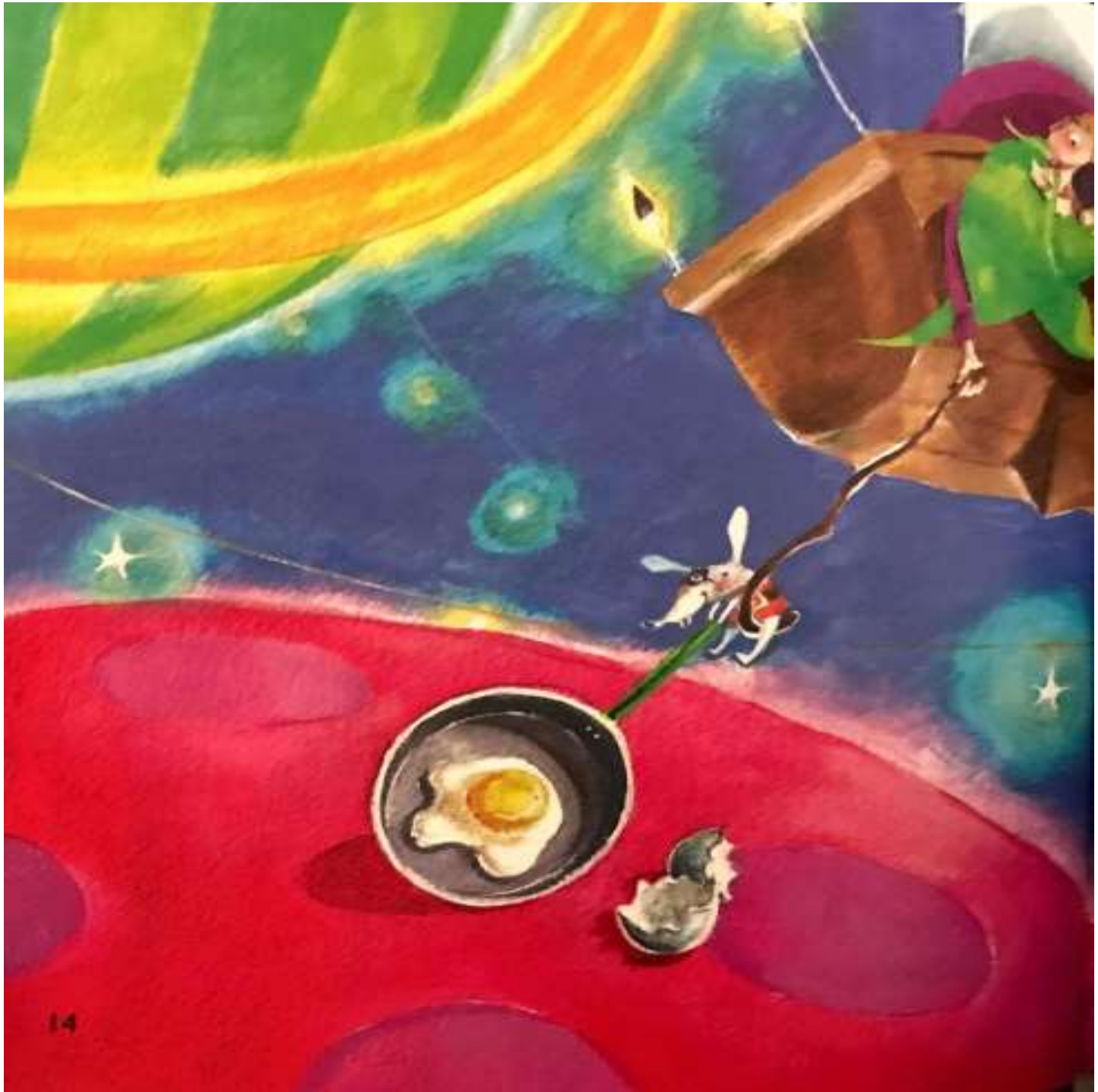


Pero él se hacía el leso
mientras le daba a la rata su queso,
no le importaban las bromas
y alzaba orgulloso su flaco pescuezo.
Y es que guardaba un secreto:
el viejo bote que tenía
¡podía volar como gaviota
al comenzar la noche
o al despuntar el día!

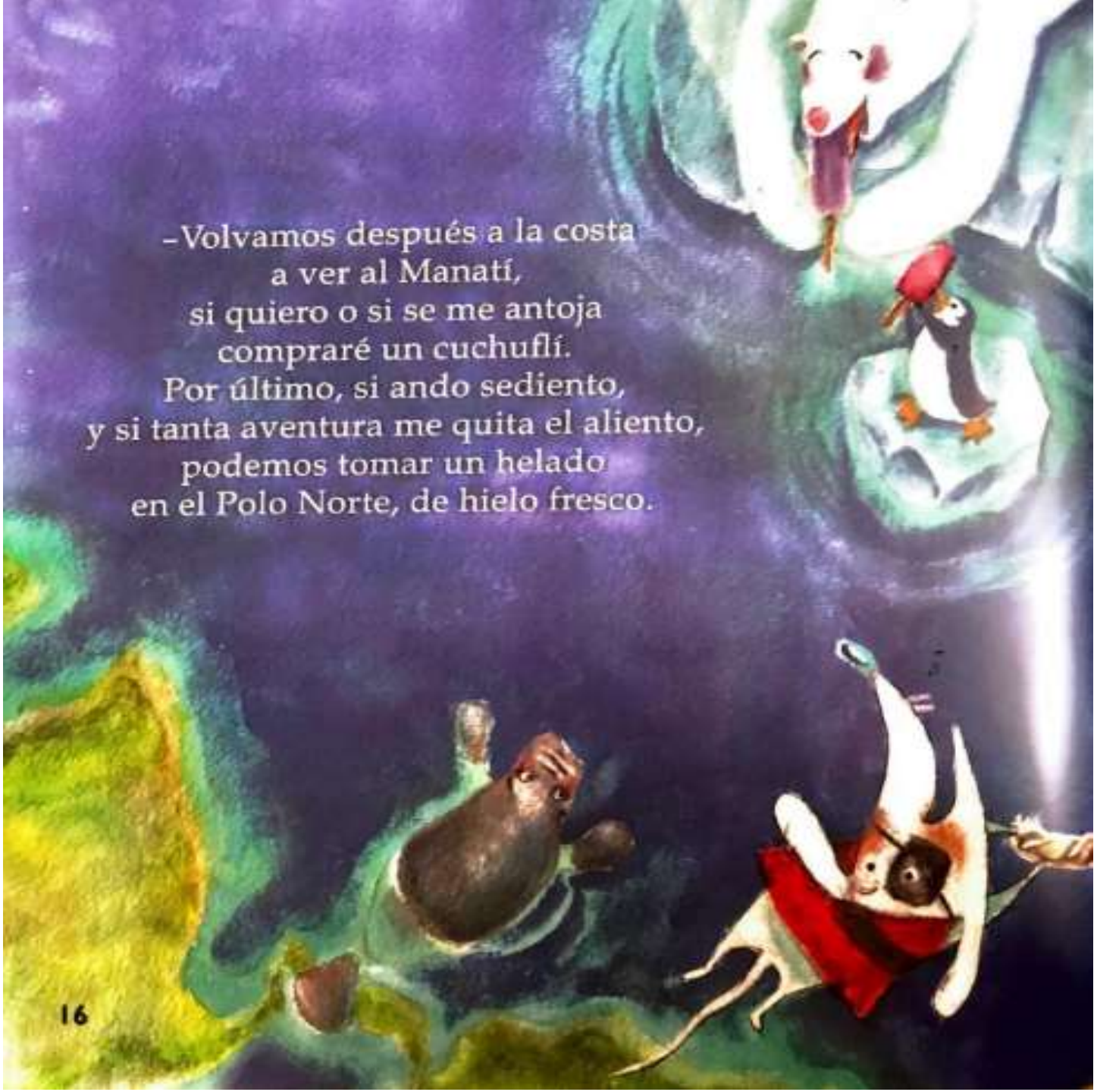
–¡Los botes no vuelan
ni menos navegan por grandes desiertos!
–dirían los niños con todo acierto.
Pero éste era un bote un tanto hechizado,
madera de árbol de bosque encantado.

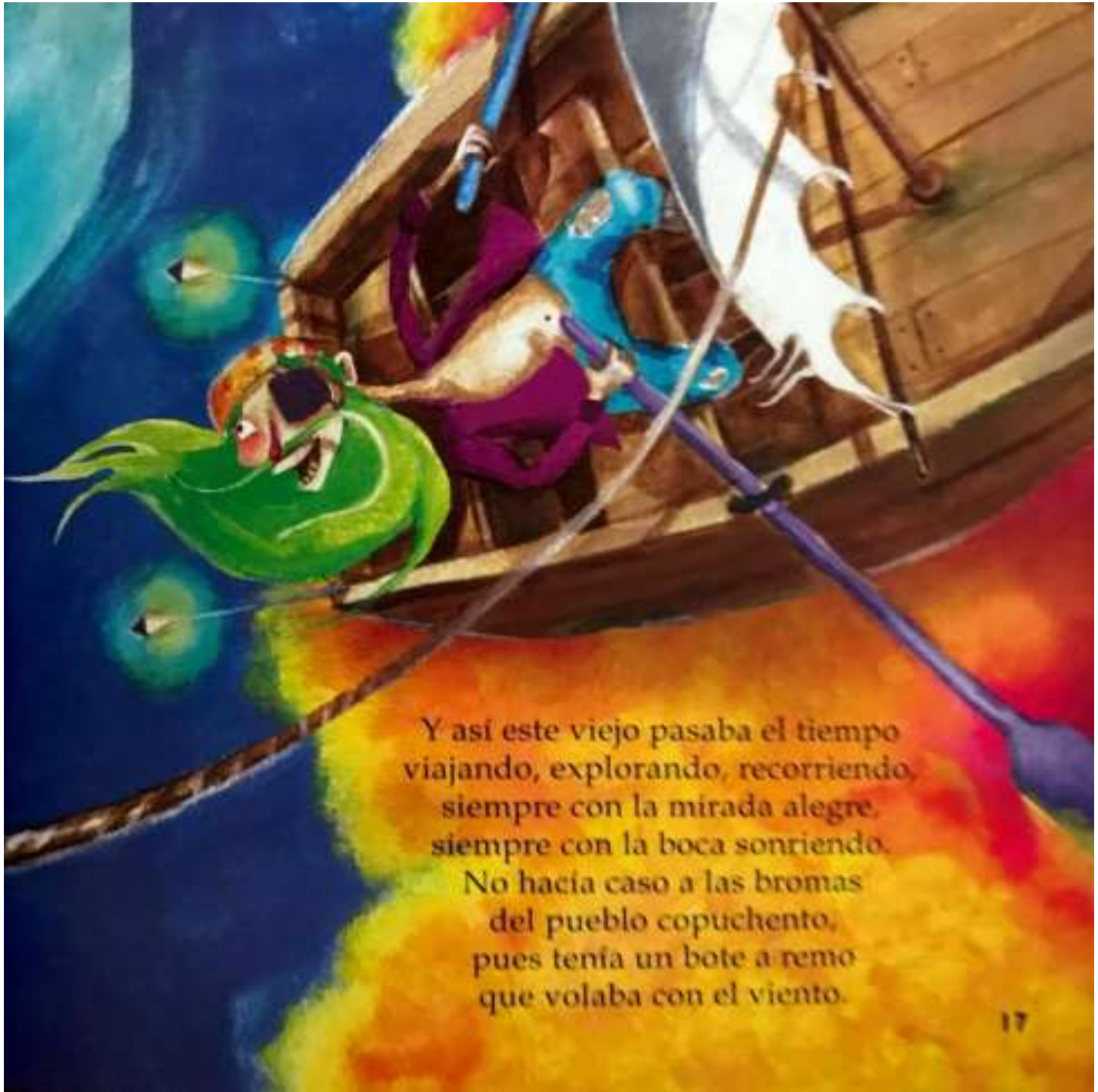
Así es que de un salto, como de atleta o rana,
se subía a su viejo bote cuando le daba la gana.
–¡Vamos al trópico!
–exclamaba el pirata cantando–.
¡Es que tengo el extraño antojo
de comerme un mango!
–Y después alegre decía–:
¡bailaremos un tango!




14

–Pasemos también por Mercurio
a freír huevos para el desayuno,
digamos que somos terrícolas
en la tierra de los cavernícolas.
Durmamos la siesta en la selva
disfrazados de un fuerte comando
¡que vengan leones y hienas!
¡me siento valiente, me siento Rambo!

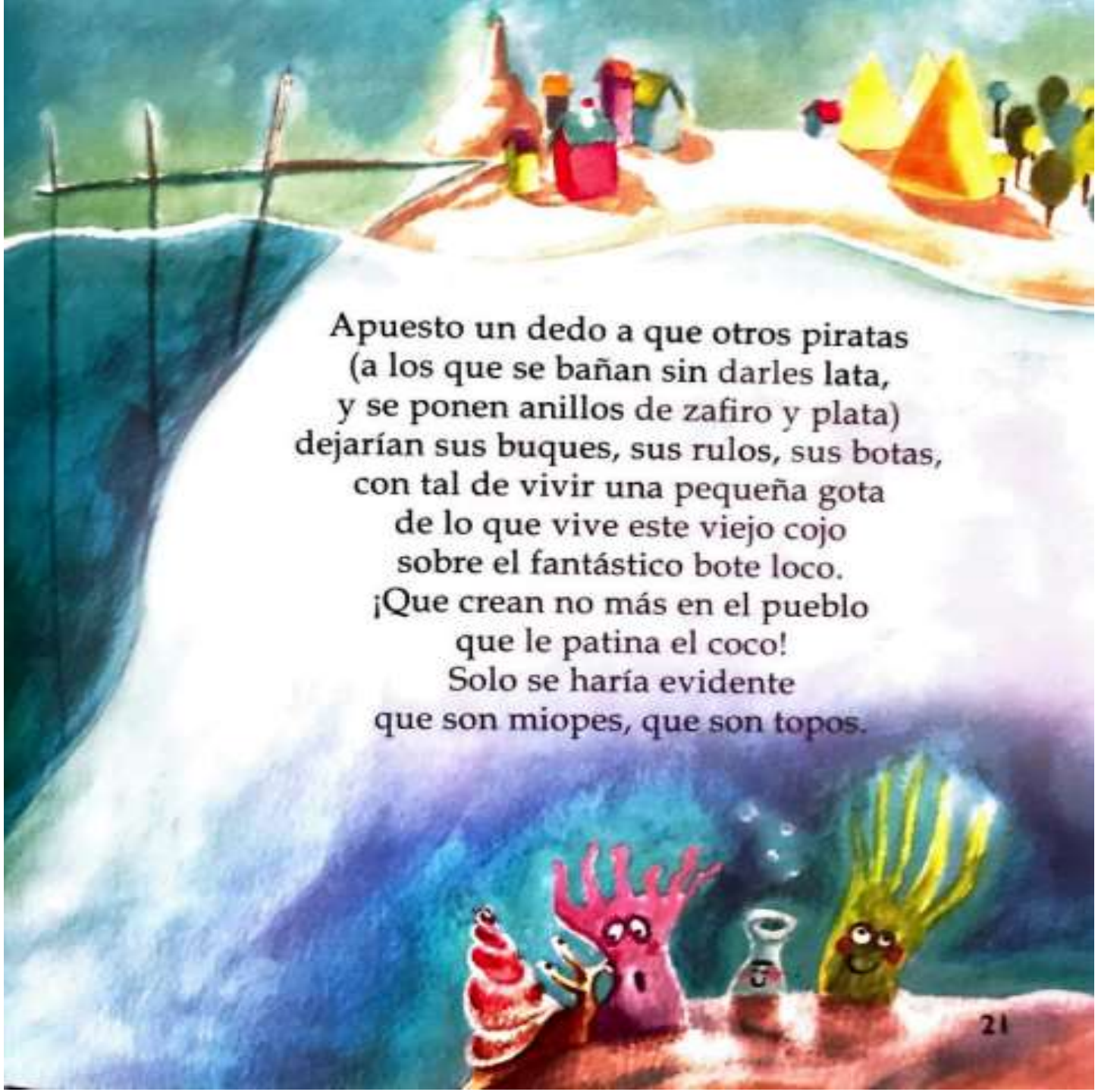

–Volvamos después a la costa
a ver al Manatí,
si quiero o si se me antoja
compraré un cuchuflí.
Por último, si ando sediento,
y si tanta aventura me quita el aliento,
podemos tomar un helado
en el Polo Norte, de hielo fresco.



Y así este viejo pasaba el tiempo
viajando, explorando, recorriendo,
siempre con la mirada alegre,
siempre con la boca sonriendo.
No hacía caso a las bromas
del pueblo copuchento,
pues tenía un bote a remo
que volaba con el viento.

Por ahí hay piratas ricachones
al mando de grandes tripulaciones,
se ponen sombrero emplumado
y usan perfecto el bigote enrulado.
¡Qué elegantes y entaconados!
Parecen los reyes de un cuadro pintado.

Pero, qué importan los tesoros, las bellezas
si se tiene claro que llevar una cabeza
no es para adornarla con sombreros caros
de tela francesa o pájaros raros,
si no para pensar, como los niños,
en el siguiente viaje, en aventuras,
en todo tipo de locuras.



Apuesto un dedo a que otros piratas
(a los que se bañan sin darles lata,
y se ponen anillos de zafiro y plata)
dejarían sus buques, sus rulos, sus botas,
con tal de vivir una pequeña gota
de lo que vive este viejo cojo
sobre el fantástico bote loco.
¡Que crean no más en el pueblo
que le patina el coco!
Solo se haría evidente
que son miopes, que son topos.

–No seré general ni teniente,
pero soy un orgulloso pirata maloliente
ya que cada día vivo
una aventura diferente.

¿Qué vale más para ser pirata, un sombrero elegante y una gran espada, o una cabeza llena de ideas para nuevas aventuras? El pirata Barbasverdes es cojo y maloliente, no tiene tesoros ni un gran barco, por loro lleva una rata y por espada un bastón, pero su sencillo bote de madera encantada vuela todas la noches a donde él quiera, recorre y conoce desde el Caribe hasta el planeta Mercurio. Con tan grande suerte, ¡qué importa lo que diga la gente!

I.S.B.N.: 978-956-12-3007-1
Código 3071
9 789561 230071

LECTORCITOS ZIG-ZAG